

El silencio del dinero

Andrés Dapuez

0 o Cero

Usar "comercio de la palabra" para referir a la capacidad de quien habla o se hace entender, desde los improbables inicios de la escritura, señala una figura primordial, una metáfora preliminar a un negocio espurio y sobrehumano. "*Linguae commercia*" es una de las formas condensadas, complejas, formadas por ciertas transposiciones resistentes que remiten a intercambios particulares entre sustancias primordiales, fuera de cualquier representación. Del acto al que remite este *análogon* contractual¹, en uno de los primeros intentos de objetivación del fenómeno lenguaje por medio de la remisión a procesos conocidos, nace el fruto (ganancia) de una transacción cuyo producto es infinito.

Dicho comercio singular, en el cual las mercancías intercambiadas no serían aparentemente otra cosa más que voces, establece una primera naturaleza de ese individuo que interviene en una especie de "contrato de habla"². Aquello que se comercia supera a los hombres, y, puede volverlos efigies. La capacidad del que trafica y negocia con ecos, grafías y sonidos lo unge como parte de un trato extraordinario. Uno y otro, comprador y vendedor participan de un negocio enorme, aún sin saberlo.

Hay una cierta naturaleza de la palabra (tal vez sea la misma que permite la asimilación entre palabra y moneda) que se enraíza casi vegetalmente en el profuso germen del don: comprador y el vendedor no discuten ese precio; uno y otro están violentamente implicados en él. Pero

¹ La metáfora mercantil también ha sido usada en la época clásica para referir de alguna manera a relaciones bajo la denominación de "comercio sexual".

² Buena parte de la semiología, de la sociología, de la antropología, y de varias disciplinas que se llaman a sí mismas "ciencias del hombre", son poco más que justificaciones y desarrollos de la asimilación dinero-palabra; y lo que aun es peor y más pobre: mezquina combinatoria signada por la esterilidad del cálculo ínfimo y de la repetición monótona y veleidosa de cifras antiguamente acuñadas. En otro lugar consideraremos otros aspectos sobre este punto.

cuando la palabra se asimila a la moneda (o, no puede ser más que pensada bajo el paradigma exacto del intercambio equivalente y mercantil), en la repetición de ciertas prácticas capitalistas, pierde mil destellos significativos. Tales emanaciones, inútiles a cualquier contrato o convención, forman parte fundamental de la naturaleza de la palabra. Tal naturaleza que como sabemos es siempre excedentaria, desmedida.

1 o La Moneda

*La intervención de la palabra priva por el
contrario a cualquier suceso de nuestra
existencia del carácter de un suceso acabado.
Con el lenguaje entramos de buena o mala gana
en el orden de lo indefinido, si no de lo infinito.*

Brice Parain

Como un Jano bifronte, la pequeña divinidad-mercancía carece de la extensa anfibología que **dé cuenta** de ella. ¿Como se resuelve si no es en el **don** su tan misteriosa ambigüedad? ¿Qué otro **don**, la imposibilidad de éste, su necesaria naturaleza divina, sino el **don de la palabra**?

Sus dos caras **cuentan**, al unísono, distintas historias. La representación del fenómeno de la palabra mediante otro fenómeno, menor y cuyo ámbito es más limitado, el dinero y sus intercambios, parece una consecuencia cuya normalidad es en principio obvia. Al explicar la naturaleza de la palabra por medio de la circulación monetaria no se hace otra cosa que circunscribir lo que no tiene límites a la cantidad. Así como la cifra aparece como un (el) límite al *significado* (cuando verdaderamente es la *creación* del mismo), el dinero circunscribe y restringe el círculo que acotará a la palabra. La porción de *significado* bajo el dominio de la palabra, en este punto se pretende central y toma el nombre supremo de "valor". De esta manera, en el camino interior que supuestamente se dirige a la esencia, se construye un conjunto de círculos concéntricos que llega hasta el punto ciego del valor.

A la idea de moneda la caracteriza desde hace miles de años la mensurabilidad del valor. Para las teorías económicas el concepto de circulación se sostiene sobre la existencia de esta noción compleja. Una pieza de dinero "representa" cierta valía. Se la posee *en lugar* de una pieza de pan, por ejemplo. La *ausencia* del pan está presente en la presencia de la

moneda. Cuando la intercambiamos se realiza. Lo ausente deja de estarlo. El pan pasa a nuestras manos, la moneda a las del panadero, comunicando su fecunda *ausencia*. Este juego de re-presentaciones, de presencias re-presentando ausencias, implica un término medio por el cual debe explicarse. Este paso obligado, puente para cruzar de la ausencia a la presencia, es la noción de Valor. La medida numérica del valor, su apuesta, su jugada.

2 o La Efigie

*En ella se acuñan en lujuriosa profusión palmeras,
alpacas... cuernos de la abundancia... Herman
Melville. Moby Dick*

La efigie habla (a espaldas del número) específicamente del exceso. De la imposibilidad del **don** dinerario. Trata de la palabra del soberano, del estado; palabra falsificada, falsa por llevar la cifra tras de sí. Esta *palabra falsa dada*, al entrar en el círculo de la circulación monetaria, pierde su naturaleza. Pérdida que es la pérdida de la investidura infinita del don. Pérdida irreversible de las propiedades, del **don de los dioses**.

La transformación de los "agalmata"³ en monedas implica la su-

³ El "agalma" es una especie particular de propiedad, bien (*ktemeta*). Participa del orden "sacro" y del orden económico a la vez. Según Jean-Louis Herion, "La causa del deseo": "El hecho de que el *agalma* circule, determinado por el principio de reciprocidad y a través de su noción de valor, no debe hacernos olvidar que esta circulación se inscribe en el marco de un intercambio entre los hombres y los dioses; el *agalma* es un objeto precioso que asegura la continuidad entre este mundo y el divino. Símbolo de investidura real, su fuerza será positiva si el poseedor es digno de esa posesión, es decir, si sabe que no podrá conservar este objeto más que si renuncia a poseerlo, pues la fuerza que lo habita está tomada en préstamo de los dioses y sigue siendo un signo divino que el hombre no podría otorgarse sin exponerse al rayo divino. Agalma puede ser cualquier objeto: una égida, un trípode, una copa, etc.; significando el término sólo "imagen o estatua del dios" en época de Platón y posteriores. Según Jean-Pierre Vernant, "Mito y pensamiento en la Grecia antigua": "Tejidos, metales preciosos, sacra cargados de potencia, utilizados como signo de poder, blasones, instrumentos de investidura constituyen los *agalmata* depositados en el *thalamos*". Según Louis Gernet, en "Antropología de la Grecia antigua": "El término *teras* que designa "una aparición maravillosa" que implica "una idea de excepcionalidad, de misterio" y califica igualmente a los blasones, contiene como *agalma* una "idea de fuerza religiosa"; no es inoportuno señalar que "el cordero de oro también es designado como *teras* (Eurípides, *Orestes*, 1000, cf. *Electra*, 716) y que lo es igualmente el bocado que Belerofontes recibe de la diosa (Píndaro, *Olimpicas*, XIII, 73), y al que la diosa califica de "encanto" (*philtron*)".

pervivencia de éstos en la efigie, en la parte posterior de aquellas. Sustitución espuria de éstos y de la ofrenda consumible, por el "anathema", su representación en metal precioso. "Agalma" proviene del más allá, como los objetos de los premios, los trípodas de los mitos, en los que se cuenta cómo el premio del hombre más sabio vuelve al dios. Pero la pérdida a la que nos referimos ocurre. La forma serial del valor y su pretensión de acumulación cuantitativa, destruyen el espíritu, el "mana" de lo dado. Entonces el intercambio se vuelve un asunto de clientes y mercaderes: pretensión de lucro en el cual el intercambio modifica el tiempo del don y cierra un círculo menor al ceñir el falaz intercambio inter pares como la única vía de adquisición.

Distinto, el "Agalma" proviene del más allá, como los objetos de los premios, los trípodas de los mitos, en los que se cuenta como el premio del hombre más sabio vuelve también al dios. Las propiedades del dios, en el sentido primitivo de "propiedad", o sea la cualidad de la que es poseedor el dios, se transfieren a aquel que detenta "el objeto de deleite".

Es ese lado de la moneda sin la cual no hubiera podido existir hasta ahora y que, anterior a cualquier cantidad, soporta en sus espaldas la cifra.

3 o El Número

La moneda siempre puede devolver a las manos de su propietario lo que acaba de cambiarse por ella, así como, en la representación un signo puede remitir al pensamiento que representa.

Ferdinand de Saussure

El número habla (a espaldas de la efigie) de una serie extremadamente grande (pero tan precisa y finita como su misma medida) de intercambios. Su memoria, parca e inexorable, da cuenta de miles de equivalencias; hasta de las más monstruosas o absurdas, con la invariable regularidad de una gota. La limosna, el robo, la apuesta, valen tanto como una pieza de pan, la diversión pasajera o un kilo de materia prima. (No intento acercarme a la reflexión moral o donar nuevos valores a las cosas, a los actos, y, por ende, (descubramos también la inversión de perspectivas), a

las mercancías⁴. Sino un descubrimiento de una regularidad y el conocimiento propio de esa regularidad.)

El número habla de intercambios. Sabe de equivalencias, pero también debe saber algo más. Su modo de nombrar implica una seguridad y, aunque sea precaria o indecible, una evidente sabiduría. Esa equivalencia, en un mundo en el que nada es **equivalente** fuerza el mundo hasta volverlo calculable, acumulable.

Las *mercancías* sólo pueden intercambiarse entre sí, pues fuera de su mundo no puede comunicarse con otro, no se las puede hacer equivalentes con "otras cosas". Cuando el mundo de la *mercancía* se extiende al de las palabras (excedentario, fértil, infinito) o al de las cosas, o cualquiera al que no le pertenezca, lo invade y lo contamina englobándolo por el mero acto de designación o por la fuerza del acto de nombrar con el que manda la moneda. Así una palabra sin Dios, sin don, se vuelve demoníacamente "palabra mercancía".

El don desiguala, distingue. Distinguidos, pretendían jactarse del don. Pues el don de la palabra había creado una deuda infinita que nunca se podría saldar, ni hablando infinitamente. En cambio, el número habla del impedimento fundamental de su don. Lo ilimitado del don alcanza sólo para aquello que no puede medirse en su magnanimidad. No para mil millones de billetes de veinte dólares. El don es solo posible para los dioses. El don es únicamente divino, es el de su palabra, a la cual los hombres solamente pueden obedecer o desobedecer, nunca contradecir⁵.

⁴ Veamos desde las mercancías los valores, y, descubramos otra lógica de la moral. Desde los "valores bursátiles", o "valores de cambio" (por ejemplo, ésto no es un mero juego de palabras con el término 'valor') pueden verse los valores cuantificados de una ética real y terrible. Más adelante trataremos de la inversión y sublimación de valores morales y económicos. Pero, digamos, que en un primer acontecimiento el número comete el acto moral de equiparar las ofrendas de los dioses a una humana economía religiosa. Ejemplo: "*El señor se dirigió a Moises y dijo: La persona que peque involuntariamente y resulte culpable de fraude de las cosas sagradas del Señor, debe tomar un carnero sin ningún defecto, como sacrificio por su culpa, y llevárselo al Señor. El valor del carnero se debe calcular en plata, según el peso oficial del santuario para las ofrendas por la culpa. Esa persona debe pagar lo defraudado de las cosas sagradas, más una quinta parte, cantidad que entregará al sacerdote*". Una vez ausente la palabra de Dios, miles de años después, la clara articulación de las cosas por medio de equivalencias unirá a palabras y cosas en *merancías*, categoría que difiere y supera a unas y otras.

⁵ "*No hagan trampa en la exactitud de medidas lineales, de peso o capacidad. Yo soy el Señor su Dios, que los sacó de Egipto*". (Levítico 19.35)

La cifra impulsa a la moneda fuera del orden de lo infinito. Mide la palabra y le pone un cerco numerario. La moneda se transforma en palabra desnaturalizada, restringida, cuantificada con un número que, antes que nada, predica su finitud. Concebir una palabra específica y limitada significa poner de manifiesto una parte de un lenguaje, tan preciso y unívoco como cada uno de sus actos. Debemos aclarar que el dinero no escapa a las leyes de la palabra. Es más, el número se agota en su propia cuenta.

4 o El Antisigno

DINERO no es, propiamente hablando, uno de los objetos de comercio (commerce), sólomente no es más que el instrumento con el cual los hombres han convenido facilitar el intercambio de un bien por otro. No es ninguna de las ruedas del comercio (trade): es el aceite que vuelve el movimiento de las ruedas más fácil y suave.
David Hume. *Of Money*

Sistema económico, que, imaginado con las cualidades de la máquina, perpetua los movimientos. El movimiento de los intercambios no puede ser imaginado, pensado, como continuum sin el auxilio de una divinidad proteica. Este es el nacimiento de una ciencia cuyo saber se fija en **momentos** pero cuyo objeto fluye eternamente como un óleo mágico.

La teoría económica no es un cuerpo de verdades concretas sino una máquina para el descubrimiento de verdades concretas. Alfred Marshall.

Se trata de encontrar en el número una medida de las cosas. Esta fe pitagórica, degradada del universo a las mercancías, implica una voluntad de poder y de racionalidad, tenaces. En este sentido el número es una ficción de relación súbita y definitiva *inter res* (que también implica esa otra relación dinámica del dinero con las cosas en el tiempo: **interés**); por la cual se une o se separa objetos. Para la economía clásica ésta es la posibilidad de su propia existencia. Aceite sin el cual la "máquina-saber" de la economía no funcionaría.

Ese valor variable de la moneda con respecto al tiempo y al sistema económico (la máquina económica) no impide que ésta pague la cifra del objeto concreto. Cuando se mira el dinero desde la otra cara de la moneda se puede decir "tiempo es dinero" pero también, que dinero es tiempo enajenado. En ese sentido se habla de capitalización del dinero; el dinero en potencia puede implicar un número extremadamente grande de posibilidades, pero al fin y al cabo siempre un número. En cambio, ese número variable paga el precio, y se consume (y aquí no hay que descartar la función de la muerte como única fijación de sentido) en objeto; y, su sentido consume al objeto. Lo destruye para darle un sentido. La cifra del objeto en acto fue su precio. Como don o contra don humano (siempre limitado), su sentido, termina en esa mezquina muerte que al lenguaje se impone en sus términos. Término, final, de ese elemento simbólico sometido a ese lenguaje, a su vez más mezquino, que es el lenguaje de los números.

5 o El Tiempo del Dinero

Recuerda que el tiempo es dinero; el que pudiera ganar en un día diez chelines y durante medio día se pasea y holgazanea en su casa, aunque haya gastado no más de seis peniques en divertirse, debe tener en cuenta que, además, ha gastado o mejor tirado, cinco chelines al agua. Recuerda que potencia genital y fecundidad son propiedades del dinero. El dinero engendra dinero, y los rebrotes pueden engendrar a su vez, y así sucesivamente...El que mata una cerda destruye su descendencia hasta el millar. El que mata una pieza de cinco chelines asesina todo lo que hubiera podido producir, auténticas pilas de libras esterlinas. Benjamin Franklin

Debemos ver en la moneda como en un pequeño círculo que implica otros mayores. Su circulación es el límite de su mundo. Los objetos que ella paga entran en su mundo como podrían entrar los cuerpos condenados a una esfera inferior. Su continuidad y su pobre eternidad de intercambios continuos indican y se asemejan a esferas superiores. Estamos hablando del

tiempo y de su circularidad inherente, según las concepciones clásicas.

Las transformaciones de la vida medidas con la moneda aparecen (sobre todo en este siglo) como unos de los mejores modelos para explicar el mundo. Su obtusa precisión, el propio saber que basado en la repetición limita su círculo a un juego entre personajes conceptuales vacíos y a la inmanencia del movimiento de lo mismo, funciona como vínculo que intermedia igualando objetos; parece imposible por momentos que algo sea aneconómico (economía de la muerte, de la obra de arte, de la significación o trabajo significativo, o trabajo de duelo,...), todo parece ser modelado en la circularidad homogénea de las leyes de la casa y de los alimentos (oiko - nomos). Así, la transposición de las leyes domésticas al mundo, del tiempo doméstico al imperio, al saber de las cosas de los hombres, del dinero a los signos, el tiempo circular de la reproducción de la vida del domus a las leyes de la palabra, se cierra sobre sí desconociendo en primer término el paradigma temporal que predominara durante miles de años, la revolución de los astros.

Esta clausura economicista, inversión de los términos y fobia de claustro, donde los muros se cierran sobre lo mismo en una construcción circular, implica el olvido de todo aquello que escape, como en un diccionario, como en un vórtice, a un mismo código. Los famosos círculos o circuitos Dinero-Mercancía-Dinero; Capital-Dinero-Capital; dan cuenta, en parte, de una utopía mayor que como toda utopía intenta aislarse. En el círculo cada vez más pequeño al que se reduce toda economía se pretende ver todo y cada parte del universo.

La moneda intenta escapar del designio del don de la palabra con su lado cifrado. Su creciente espiral fundado en su ciencia económica se opone como una de las hélices de un doble helicoide a la palabra. Este verdadero logos dinerario subyace a los saberes que legitima.

6 o Un Ejemplo

Sí, eso -dijo Roger, dando un golpe de cabeza, con los ojos fuera de órbitas, cuando ella se lo contó más tarde-, lo que yo digo, la maldita demencia calvinista de siempre. Pagar. ¿Porqué siempre lo ponen en términos de intercambio? "El arco iris de gravedad". Thomas Pynchon.

Sartre. La pequeña herida que sobre la piel se extiende un poco hacia los costados, prolija y serial como una marca inevitable de pobreza, hacia dentro se abisma sin fin. Esta parece ser la naturaleza ambigua del silencio del dinero. Social y conmensurable, como ausencia de dinero puede corresponder a un número, a un precio, a una cantidad determinada; inmensa, en tanto que la moneda es fecundidad, posibilidad y abundancia, se profundiza en ansias de infinito; esa totalidad fecunda que al ser llamada es negación absoluta.

Se trata de una cuestión de clase. La angustia por la escasez (ya sea de comida, de creencias, de oro o de palabras) sobreviene en mal sólo por efecto de la pertenencia previa a una determinada clase social en un momento determinado. La angustia en el silencio florece con su sabor metafísico a vacío divino en la clase para la cual la instancia de la Circulación es determinante: la burguesía. Según Sartre: "El existencialismo, en su forma contemporánea, aparece sobre la descomposición de la burguesía y su origen es burgués. Pero el que esta descomposición pueda *revelar* ciertos aspectos de la condición humana y posibilitar ciertas intuiciones metafísicas no significa que estas intuiciones y esta revelación sean ilusiones de la conciencia burguesa o representaciones míticas de la situación." Nos parece todo lo contrario: estos aspectos de la condición humana que se pretenden revelar son meramente históricos y pasajeros; siendo la "condición humana" una entelequia esencialista que niega de plano la construcción histórica de la verdad con respecto al objeto hombre.

Mercado de la angustia

El hombre no es ni uno ni otro de esos seres, ya que él no es: él es aquél que no es lo que es y es lo que no es, el Hombre es la aniquilación del En-Sí contingente en cuanto el sí de ese aniquilamiento es su huída, al frente, hacia el En-sí causa de sí. Sartre. "El Ser y la Nada"

Así como el deseo se explica por una carencia originaria en su concepción psicoanalítica clásica, esta carencia, a su vez, se constituye en el centro del cuerpo. Es este deseo-carencia la causa de todo movimiento. El existente, con el no-ser incorporado, busca su completud por medio de la acción. De la misma manera se explica para la economía clásica el

principio del intercambio. Alguien que no tiene lo que necesita se convierte en oferente de otra cosa para poder demandar lo que necesita. El doble juego de la oferta y la demanda constituye *necesariamente* a todo demandante en oferente, gracias a la necesidad, incompletud originaria. Quien demanda un objeto debe ofrecer *otra cosa* para poder conseguir el objeto deseado. La lógica del don y del contra don continúan pervertidas en el mercado. Si necesito algo debo ofrecer otra cosa por ella. La necesidad de un objeto determinado preexiste a la oferta, contrariando el proceso del don. Si el don es una autoafirmación divina del poder, la oferta, en cambio, siempre es *para* algo, tiene una finalidad, implica un objeto ausente.

Poseer carencias

La constitución del sujeto sartreano se explica por la del sujeto del mercado de la economía clásica; por un no-tener. El último capítulo de "El Ser y la Nada" no casualmente se llama: "Tener, hacer y ser". En él se reducirá todo a la simple oposición "tener - no-tener". Esta sustentación en los moldes de la economía clásica no es privativa del sistema sartreano; también surge de ella buena parte del psicoanálisis, pero en Sartre esta subordinación acentúa sus rasgos radicalmente. El origen del sujeto sartreano está en el mercado. La deriva de esta ontología de la escasez desarrolla casi todas las posibilidades en el modelo de sujeto existencial.

Así, el ser en el mundo es proyecto de posesión de este mundo, y el valor que acucia al para-sí es la indicación concreta de un ser individual constituido por la función sintética de ese ser para-sí y de ese mundo. El Ser y la Nada

La inversión de los tiempos del don es el paso fundante de esa ontología de la escasez a la que anteriormente hemos referido. Así como el sistema del don comienza con el desafío de una ofrenda, el del mercado empieza con la detracción originaria que, *incorporada*, debe ser satisfecha. El sujeto del mercado debe restituir un equilibrio. Debe actuar porque tiene el vacío en el cuerpo, porque siente hambre, porque tiene nece-

sidades. En cambio, el sujeto de la oiko-nomía antigua es poseedor del equilibrio, administra los bienes según un arte. Nunca parte de una posición de carencia que debe subsanar usando un útil teórico para reproducir su vida.

No-tener - tener

La reducción a esta lógica binaria radicaliza y acentúa la ontología de la escasez. Entre los hechos de posesión o desposesión de materia media el deseo pero siempre como emanación del vacío, sublimación, fantasmaticación de *eso* que satisface. Enraizado en la carencia, como una excitación de orificios que pretenden rodearse de materia, el deseo-carencia siempre va detrás de una forma de propiedad, siempre trata de apropiarse de algo. En realidad estas nociones forman el reverso de la propiedad, su negativo y su justificación posterior. La creación de esta clase de deseo viene a explicar un estado de cosas. Una forma histórica de propiedad. La mítica carencia originaria inicia una serie de motores infinitos.

El deseo es carencia de ser, como lo hemos visto. En cuanto tal, está directamente dirigido hacia el ser del que es carencia. El Ser y la Nada

Así es que comiendo, comprando y vendiendo, pero también leyendo o escribiendo, se subsana una carencia o sea, un no-ser que se sufre como la naturaleza propia de hombres. Oferentes y demandantes convienen por el objeto un precio. Este trato de intercambio está cifrado en una cantidad. A partir de la economía clásica la apropiación se regirá bajo estas normas. La reducción de todo deseo a un acto de apropiación tiraniza todo objeto y movimiento bajo las leyes de la propiedad; las cuales, como se sabe, siempre parecen eternas y eternizan la propiedad de los medios de producción.

Por eso el deseo de conocer es, por desinteresado que pueda parecer, una relación de apropiación. El conocer es una de las formas que puede adoptar el tener." Sartre. "El Ser y la Nada"

Los modos de propiedad determinan y enmarcan un pensamiento. El acelerado comercio de la palabra, la circulación rápida de estas monedas sociales (palabras sociales) limpia un terreno que se despega del objeto mismo que circula en él, y en la intimidad pasa a primer plano. El temor de este silencio estéril (en Durkheim "anomia") se instaura no tan sólo como falta de capital para hacer frente a cualquier circunstancia social; sino también como resultado de un sacrilegio, es decir, como el mal merecido por habernos dedicado sólo a comerciar. Esa Negatividad (no creer, no leer, no pensar, no tener, no desear, etc.) es sin duda la representación del mal de una ideología, o mejor dicho de una idiosincrasia, de clase dedicada a invertir su palabra moneda en algún contrato (compromiso) que determinará su suerte. Sus peores intelectuales subliman fóbicos, como dignos representantes de su clase, los intelectuales se dedicaron a realizar su representación, a endiosarlo. Acostumbrados a una frágil estabilidad de apetitos y posesiones la burguesía que descubre su condición de burguesía para abismarse en su propia descomposición.

Todo o Geometría Capitalista

Pero una mañana, al dar media vuelta ante el doblón, pareció quedar nuevamente atraído por las extrañas figuras e inscripciones acuñadas en él, como si ahora empezara por primera vez a interpretar de algún modo monomaniaco los significados que pudieran albergarse en ellas. Y en todas las cosas se alberga un significado cierto, o de otro modo, todas las cosas valen muy poco, y el mismo mundo redondo no es más que un signo vacío, a no ser como se hace con los cerros de Boston, para venderse por carretadas para rellenar alguna marisma en la Vía Láctea. "Moby Dick". Hernan Melville

(Las reducciones que cualquier acto de habla impone son tiránicas). Hablar de economía, de mecanismos, de trabajo, implica la sumisión de alguna clase de acontecimientos aparentes y desconocidos a es-

pecies de regularidades bien conocidas por su simplicidad (como los clásicos procesos biológicos, mecánicos o de cualquier otro tipo). Siempre se opera una reducción. Por eso, leer sobre la economía o el trabajo del sueño, de sus inmanentes transformaciones, y, de su sustancia primera o "materia prima" a veces dice más sobre uno de los "procesos vitales" que sobre la apropiación onírica del todo. ("Apropiación" también es una palabra que implica un saber económico; porque es una característica de la palabra estar implicada al *mismo tiempo* en varios círculos o circuitos de uso).

La intercambiabilidad proteica del dinero sirve en su accidentada materialidad de moneda falsa para fijarse como naturaleza propia en el significante. El último fetiche del valor o del deseo funciona en tanto y en cuanto no desaparezca totalmente como marca accidental, independiente y ajena, azarosa a la formas de apropiación (es decir extraña al proceso de circulación). Cuando el deseo, se cree, ha superado al valor como elemento que puede explicar las transformaciones de la materia y del capital, se descubre que también necesita de una zona oscura, reactiva a su transparencia de vehículo perfecto (es decir, alguna especie de materia significativa del deseo).

Es en algún sentido que siempre hay una "agalma", un presente extrañado que, por la naturaleza extraordinaria del donador, encubre una zona residual al intercambio, la cual, misteriosamente, lo comprende y lo anula. No podría ser de otra manera, pura racionalidad y medida.

El elemento de la eterna circulación tiende, de esta manera y espiraladamente, a transmutare en todo, y en cada cosa posee una imposibilidad. Una parte de la materia mutable del deseo proteico tiende, sin embargo, a sedimentarse y no ser equivalente. Los modelos de circulación, de flujo, sólo pueden mostrar el movimiento en sucesivos cortes en el tiempo. A similitud de la recta y su un destino de trascendencia teleológico, como un horizonte móvil, huye de ser fijado, y huye de su propia gran muerte, en la locura, delirio o sueño del capital.

Para eternizarse la eterna circulación, el sueño o la locura capitalista, incorporara a su creciente espiral todo. Sus tensiones se reparten entre la forma de ciclo, cerrada y que se cierra tras de sí en muerte y renacimiento, y la del escape tangencial hacia la eternidad de la línea infinita. Por su tendencia al infinito el "capitalismo" tiende ser totalitario. Por su inacabada circularidad nunca logra ser totalidad, algo acabado; (por lo

tanto la palabra "capitalismo" en realidad no designa nada). Es por esta incompletud que la tendencia a incorporar todo en sus espiras que transforma permanentemente practicas en saberes; saberes sobre prácticas en saberes y estos en saberes sobre saberes. La infiltración estratégica y diagonal de los saberes, saberes como formas de fijación significativa en el rizo del tornillo o helicoide capitalista, permea áreas enteras. Tenemos como ejemplo las leyes de la economía clásica fijadas en las ciencias humanas como principios o fundamentos primeros; y en ellas, las nociones de intercambio como principio de su lógica inmanente o racionalidad.